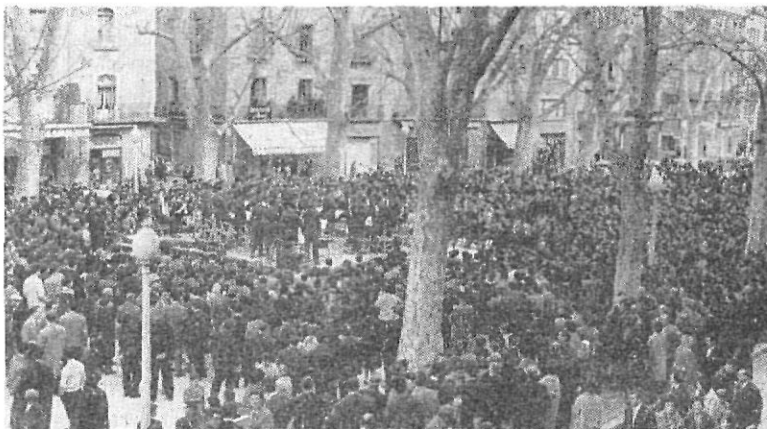


## El trimestre musical en Figueras

Llenan casi completamente el trimestre musical figuerense las tareas de la Asociación de Música: son dos novedades que hemos de saludar con gozo. Una de ellas es la inauguración de Radio Figueras. El otro acontecimiento es la actuación pública de la Banda de las fuerzas norteamericanas de Torrejón de Ardoz: modelo de conjunto reducido y entusiasta, con excelentes ejecutantes y un director dinámico y de compenetración total con sus «boys», dio un concierto en la Rambla, que hizo las delicias de los que le oyeron, que fueron muchos y quedaron más que satisfechos, y suponemos que también los artistas, que nos ofrecieron excelentes ejecuciones de música ligera, agradable, nada chabacana, jovialmente popular, con la ejecución ejemplar de bailables divertidísimos, pasodobles airosos y marchas militares ejecutadas con perfección musical y garbo notabilísimos y que nos hubiera gustado seguir escuchando.



Antes hemos aludido a la Asociación de Música: cuatro conciertos ha dado en este trimestre. El primero, a cargo de un violinista parisién, Michael Philippe Candela. Buen ejecutante, precedido de buenas críticas, se presentó en Figueras con un programa «violínístico», en el sentido de que realzaba las posibilidades del instrumento y las cualidades del instrumentista. puesto a prueba primero con una Sonata de Haendel (en La mayor), pieza de mayor extensión que otras de este compositor, de fresca inspiración y fluidez temática, fue ejecutada limpiamente, con algunos momentos de menos matices que otros y que velaban algo los temas. Donde realmente se superó, tocando con todo su mecanismo y su corazón puesto en ella, fue en la bellísima Sonata en Re menor de R. Schumann, una de las pocas para este instrumento que escribió, excelente y apasionada ordenación de temas con el desarrollo y características evolutivas de este excelente autor romántico, magnífica por todos conceptos, de interés siempre creciente y de un valor elevado en la literatura violinística, quizá por sus dificultades de expresión —y también de mecanismo—, poco ejecutada; cosa lamentable por el goce que, más prodigada, nos proporcionaría. Candela salió muy airoso de la prueba, aunque a veces fue algo desigual en su matización. El resto del programa lo llenaban obras tan interesantes como la «Habanera» de Saint Saëns, difícil después de inevitables comparaciones con excelentes ejecuciones de otros violinistas, que fue muy aplaudida por el público; una obra italianizante de Desplanes; una deliciosa «Saeta granadina», de Joaquín Nin, siempre respetuoso con los ritmos populares, con un notable acompañamiento, y el «Zapateado», de Sarasate, que ejecutó con acierto y pureza de sonido, difícil siempre de mantener porque, además, se trata de pieza de virtuosismo. Ante los aplausos hubo de ser acompañado con otra pieza fuera de programa.

Para el siguiente concierto apareció el anuncio de un recital de «lieder» por el barítono catalán, tan apreciado en los medios operísticos, Raimundo Torres, siempre en primera línea cuando de ópera wagneriana se trata, y con su conocido repertorio italiano. El programa fue de alta selección. Este recital de Raimundo Torres nos demostró, una vez más, que el «lieder» tiene enormes posibilidades de continuar siendo género del máximo interés musical, con sólo atender al buen gusto con que los artistas pueden seleccionar sus programas. Véase el ejemplo y lección de bien decir que dio Raimundo Torres en Figueras, cantando con la mayor pulcritud, con la mejor forma, el más depurado gusto y atención vigilante al mínimo de los detalles de cada inflexión de voz, unas maravillas de Haendel y Haydn que nos parecieron magníficas, tal fue sobre su excelente calidad musical y la arrobadora delicadeza con que Raimundo Torres las cantó. Luego interpretó un fragmento de «Alceste», de Gluck, ajustadísimo, que no puede ser mejor ejecutado, y unos «lieder» de Beethoven, sentidos y expresados con fidelidad y calor notabilísimos. La segunda parte, dedicada a los románticos Schumann, Brahms y Schubert, cantados con una dosificación de voz y un sentimiento difícil de reproducir, fueron ovacionados por el público, que quedó aún más subyugado por la última parte, que contenía dos trozos de excelente música rusa,

finalizando con una maravillosa canción de Wagner —«Sueño»— y una de Strauss, dichas las dos con soltura y potencia en cantidad y buen gusto y matiz, en calidad inigualables, al par que, obligado por los insistentes aplausos, cantó otra de Strauss —«Serenata»—, agradable y dicha de tal manera a las pronunciaciones originales, que se entendían incluso no comprendiendo los respectivos idiomas, que causó gran sensación; en especial, en la última parte de su programa, cantó maravillosamente una aria de una ópera de Glinka, de un dramatismo acorde a su texto, y en la otra, de Wagner —que escribió como estudio previo al «Tristán»—, prodigio de exactitud y dominio de su excelente voz, bien timbrada, de la que obtiene los efectos de matiz y afinación perfectos que son la característica de este cantante, artista de gusto exquisito y de gama de voz extensísima que domina dentro de su indiscutible escuela, desde los más suaves susurros hasta los más potentes «fortísimos» que, sin embargo, no son nunca concesión de la galería, justos, exactos, afinados, bien dosificados y adecuados a la idea de los autores como creemos que pocos barítonos en la actualidad saben y pueden hacerlo. Fue muy aplaudido y el concierto resultó muy del agrado de los asistentes, a los que causó también buena impresión un novel acompañante, su hijo —también Raimundo Torres—, garboso, sereno, apasionado y sometido siempre a las exigencias de la obra y sus cualidades musicales, a quien auguramos un éxito si continúa por este camino.

El concierto siguiente estuvo a cargo del guitarrista Regino Sainz de la Maza, cuyo veterano nombre y fama se habían recordado recientemente en unos conciertos que dio en Barcelona poco antes del de Figueras, bajo el título de «Cinco siglos de música para guitarra». El programa anunciado fue a última hora alterado en parte por el artista, que prefirió tocar el que ejecutó, substituyendo una melodía de Ponce por la «Réverie», de Tárrega, evidentemente más adecuada y también más interesante; tocó Sainz de la Maza sintonías equilibradas, sino muy ajustadas a los autores, procurando no añadirle sentimentalismos: en el programa, una sonata de Sor, dos mazurcas también de Tárrega y, en la segunda parte, dos preludios de Villalobos y un tango de Asencio, muy interesantes, y del propio Sainz de la Maza unas canciones castellanas, cuya delicada armonización quedó quizá un poco envuelta en un excesivo «pianissimo», pero notable por todos conceptos. Gustó también una «Soleá» y tuvo que añadir fuera de programa (también suyo) «el Vito». El efecto de esta música, que no es la propia de estas latitudes, tocada con la maestría de Sainz de la Maza fue muy agradable, pero el público, ya de sí escaso, y que esperaba quizá apreciar el mecanismo acrobático o los recursos teatrales, no respondió demasiado al esfuerzo del artista, que, no obstante, fue aplaudido amablemente.

Finalmente, en una de aquellas agradables sorpresas que a veces se tienen ante artistas de los que sólo se conocen críticas: una formidable violinista norteamericana de origen estoniano, Evi Liivak, que toca con una limpieza, una exactitud y un mecanismo perfecto y raramente igualable, que puede codearse con los primeros ejecutantes del mundo y constituye una esperanza para el futuro. Aunque no nos gusta ser augures, creemos fundadamente que Evi Liivak se colocará entre los más cotizados violinistas de esta generación, y aunque su tocar es distinto del de la malograda Ginette Neveu, quizá sería la candidata ideal para ocupar su vacío. Ello significa que si al someterse al, a veces, hipercrítico grupo de los asistentes a los conciertos de Figueras, se sale con aprobación unánime y entusiasta, es señal de que no es posible encontrarle pero a un artista, y de tal prueba salió Evi Liivak tan airosa como que unánimemente fue celebradísima su pulcritud en tocar, la seguridad de su arco, la belleza de su sonido, quizá menos en el registro agudo, y, sobre todo, la exacta dicción, la perfección absoluta al destacar cada nota, no obstante ligada e independiente, dándole su valor propio y su justa medida. Bien es verdad que tocó en un auténtico Stradivani de 1715, que había pertenecido al gran Lipinski, amigo y rival de Paganini, pero que si detrás de su arco no estuvieran las manos y el corazón de Evi Liivak no sonaría como sonó en la Sala Edison, que oyó la más cerrada ovación del concierto al terminarse, y al que se añadieron dos piezas fuera de programa, una de Debussy y otra de Paganini.

Acompañó a la artista su esposo, el excelente pianista Richard Anschuetz, que desarrolló una excelente labor al sostener el canto en una sonata de Haendel dicha con gran soltura, y sobre todo en la sonata de Brahms, que la violinista expresó con sentimiento y afirmación poco comunes. Mención especial mereció la ejecución a violín solo de una pieza de Ysaye, de dificultades multiplicadas, y que dijo excelentemente, sin un fallo siquiera fuera casual, ni desfallecimientos en ninguna ocasión. El resto del programa lo constituían obras de Bloch, Kachaturian y el endiablado Capricho número 24, de Paganini, que fueron tocados con la mayor perfección, apasionamiento y buen gusto.

N. SALA